

Gracias a Dios por Cervantes

Ramón Loureiro

Vaya por delante que esto, lo que en este lugar y en este preciso instante se lee, no fue escrito aquí, sino bastante lejos. Se escribió en el Fin del Mundo, de hecho. Sobre una mesa de mármol viejo que a lo largo de bastantes años ha venido teniendo el honor de sostener en alto toda clase de ediciones del Quijote y que, si Dios Nuestro Señor quiere que así sea, aún seguirá teniendo ese honor por mucho tiempo. Esto, y es lo que quería decirles, fue escrito en un café en el que nunca faltan parroquianos un tanto pintorescos, como el señor que suele acercarse a quien mucho gusta de llevar casi siempre un Quijote consigo para tener un amigo al lado -es decir: a Servidor de Ustedes- y vuelve a contarle -eso sí: rogándole, con aire misterioso, una cierta reserva- que aunque la mayor parte de la humanidad no pueda ver a los ángeles, él los ve continuamente, por lo que está en condiciones de afirmar, sin temor a equivocarse, que existe el Cielo. Una creencia, esta -la existencia de la Vida Eterna-, que también yo, aunque al amparo de otras fuentes, comparto plenamente, y que me permite seguir albergando la esperanza de que llegue un día en el que pueda darle a Cervantes la mano.

Viene esto al caso -o eso quiere uno: que venga, un poco al menos-, porque si me permito robarles unos minutos de su tiempo a vuestras mercedes es solo para dar testimonio de mi inmensa gratitud hacia el autor del Quijote y a todos cuantos caminan por su libro.

Verán: hace unos años -de casi todo va haciendo unos años, ya, inevitablemente-, un poeta muy querido por mí, amigo que ahora también habita, como el propio Cervantes, lo que nosotros llamamos muerte, me dijo que llega un día en el que uno ve, sin necesidad de abandonar este mundo nuestro, el verdadero rostro del más grande novelista que han dado los tiempos. Y aún a día de hoy no sé si estoy en condiciones de aclarar si ese milagro se ha producido o si, por el contrario, todavía tendré que seguir esperando la llegada del prodigio verdadero. Pero a mí me gusta pensar que sí, que lo he visto, a Don Miguel, aunque sea en la lejanía: que Cervantes se me ha aparecido entre las páginas de su gran libro, y que por eso yo sé ahora, sin ningún género de dudas, que en nada se parece él a como nos lo han pintado, porque, en realidad, aunque no deja de parecerse algo incluso a su Don Quijote, además de a su supuesto retrato, también tiene cierta semejanza con el mismísimo Sancho en lo que atañe a la anchura del cuerpo y a la redondez de la cara y al no ser él muy alto.

Cuando creo ver a Cervantes, me parece estar viendo, también, que usaba anteojos, y además que, aunque no cabe duda alguna de que fue tan valiente en Lepanto como se dice y más valiente todavía, si cabe, en el cautivero de Argel, era muy capaz -nadie vaya a pensar lo contrario- de soñar, entre las nieblas del recuerdo, tan dadas a fermentar conforme los años pasan, las glorias que otros le negaron.

Me siento mejor cuando tengo un Quijote cerca, cuando llevo conmigo un ejemplar del libro cuya constante relectura tanto me ha ayudado a seguir caminando por la vida, ese libro que a veces pienso que hasta me ha hecho un poco mejor.

Me agrada mucho, por ejemplo, leer el Quijote en Mondoñedo, preferiblemente habiendo niebla. Entonces recuerdo, también, a Fray Antonio de Guevara, a quien Cervantes no solo cita en el prólogo de su obra maestra, sino que incluso lo deja -o al

menos eso me parece a mí- pasearse un poco, en forma de eco, entre sus páginas. El gran Guevara, que acabó sus días de este mundo en Mondoñedo, precisamente, siendo el obispo mindoniense, allí donde nunca es demasiada la luz, tras haber sido un brillante y ambicioso cortesano en otro tiempo. Y recuerdo, por supuesto, a Cunqueiro, que admiraba inmensamente a Cervantes y que también admiraba, por supuesto, a Guevara. Menos mal que nos quedan los libros, sí señor. Suele decirse con frecuencia, y pocas cosas hay más ciertas. No quiero ni imaginarme lo que habría sido de nosotros sin ellos. Y gracias a Dios por Cervantes, que nunca nos ha dejado solos, que siempre ha velado por nosotros.